

MUROS ADENTRO

FEDERICO PATÁN

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Es de preguntarse si algún suceso Histórico (así, con mayúscula) ha escapado al ojo escrutador de la literatura. Sospecho que no. Ya es otra cuestión el decidir con qué bondad literaria se le haya narrado. Y otra más desde qué perspectiva se dio tal narración. Pudiera ser con la experiencia directa como base (*Los de abajo*, 1916) o con el distanciamiento que el tiempo necesariamente impone (*La muerte de Artemio Cruz*, 1962). En todo caso, la Guerra Civil española (1936-1939) pertenece a esa Historia con mayúscula, para dar como consecuencia el exilio (las historias subordinadas) de quienes fueron derrotados. Exilio uno de cuyos puntos de acogida, el más importante, fue México. ¿Hay testimonios literarios de dicho trasterro? Desde luego que sí. Joaquina Rodríguez los ha examinado en su libro *La novela del exilio español* (1986). Quien se asome al índice de autores estudiados tropezará con una cifra que le resultará sorprendente, y que incluye desde los nombres importantes (Aub, Sender) hasta aquéllos hoy meta referencia de especialistas (Benavides, Muñoz Galache).

Son novelas del testimonio directo. Otras hay de quienes, hijos de exiliados, nacieron ya en México y en parte de su obra abordaron el tema. ¿Nombres? Ana García Bergua, Anamari Gomís, Jordi Soler. Una y otra rama de esta narrativa se da en México porque

el exilio republicano le pertenece a México en primera instancia. Hay una tercera línea novelística, cuya historia está por escribirse: la de los escritores mexicanos que han abordado el tema. No parecen abundar, lo cual algo significa. Luis Arturo Ramos (Veracruz, 1947) es uno de ellos. Lo hizo en *Intramuros*, su novela de 1983. Y al decir lo anterior, al darlo como explorador de tal exilio, pudiera suponerse que me he adentrado en terrenos pedregosos. Porque el novelista asegura que “[n]o pretendía ni describir la épica del exilio ni del exiliado, tampoco su sentido histórico. Simplemente, y a través de estos personajes, quería trabajar una serie de temas que desde siempre me han preocupado” (Camps y Moreno, 408). No niega la presencia del exilio; se limita a precisar el modo de esa presencia. Allí, sin duda, está la respuesta.

Pero veamos. Todo autor obedece a los temas que le preocupan, que le significan incógnitas cuya solución, de darse, le haría comprender mejor la existencia. Esos temas aparecen a lo largo de su obra, unos en esta novela, otros en aquellas, algunas constantes en su delineación, otros modificados por el aprendizaje vital por el que ha pasado el autor. Pero los temas necesitan una historia de la cual asirse, pues sin historia no hay narrativa. Historia, aquí con minúscula, significa la sucesión de acontecimientos que, dada su estructura, acaban constituyendo una trama. Pues bien, los temas que Ramos gusta examinar quedan expresados en las anécdotas narradas en torno a varios exiliados españoles, que son presentados como los personajes sustentadores del libro, bien que requieran la presencia de otros cuyo funcionamiento sirve a su vez como apoyo de ellos. El dilema está en decidir si la mera presencia de exiliados hace de la novela un texto sobre el exilio o si, para hacerlo, se necesita la conciencia de tal exilio. Opto por lo segundo y pienso que en *Intramuros* se da tal conciencia de la expatriación.

Ahora bien, paso a otro aspecto de la cuestión. *Intramuros* no es una novela histórica, y menos si hablamos de Historia con mayúscula. Se mencionan, desde luego, acontecimientos políticos reales,

sucedidos en nuestra sociedad en distintos momentos, mas se los ciñe a definir la posición psicológica y social de los personajes y, sobre todo, a establecer el paso del tiempo. No están en primer plano; son un telón de fondo, un marco de referencia. Los personajes se limitan a vivir sus existencias menores y, en razón de lo mismo, pertenecen a lo que Ramos llama infrahistoria en una de sus entrevistas. Es decir, la Historia (en este caso, la Guerra Civil y los sucesos ocurridos en México) determina los acontecimientos generales y los personajes determinan a su vez qué decisiones tomar en el marco de dicha Historia. Ramos opta por personajes humildes, de presencia muy menor dentro del ámbito social, pues solo afectan al entorno inmediato. Mediante ellos examina los temas que le preocupan. Sin embargo, está el hecho de que ha optado por elegir exiliados políticos, y exiliados políticos españoles, pertenecientes a un acontecimiento histórico importante y no quiere (pues resultaría imprudente) eliminar de su texto las repercusiones de tal acontecimiento. Por tanto, *Intramuros* es, en uno de sus niveles narrativos, el anecdótico si se quiere, una novela sobre el exilio español; se aprovecha de éste para examinar en las entretelas de la trama, en su lado oculto, los temas siempre manejados por el autor.

Personajes humildes. Los hay de origen español y los hay de origen mexicano. Interactúan, en ocasiones mirándose con desconfianza, en ocasiones aceptándose. Paso a examinar a los españoles. Tomo a cuatro de ellos: Gabriel Santibáñez, Esteban Niño, José María Finisterre y el Aragonés. Representan, en mi opinión, cuatro manifestaciones de lo español en México. El primero, Gabriel Santibáñez, tiene una doble imagen: aquella desprendida del clisé y aquella otra que le es personal. Me explico. En cuanto al clisé, viene a significar la canonizada idea del “gachupín”, el español que llegó a “hacer la América” y termina dueño de una tienda. Aparece en la novela para servir de contraste a Finisterre (y pienso que también a Palanca). Lo vemos sentado tras la registradora, un brazo sobre

el teclado de ésta, vigilando el buen transcurrir de su negocio. Pero Ramos no lo estaciona en tal imagen. Al revés, extrae de ella a un personaje que tiene sus honduras y, en éstas, sus desasosiegos, sus amarguras. Como es ley firme en las vidas que se relatan en la novela, Santibáñez irá procediendo lentamente hacia su autodestrucción. Será un hombre al que se le niegue la felicidad real y, por tanto, un hombre satisfecho con la aproximación a un simulacro de felicidad. Piensa Enrique Sema que el tema dominante en la novelística de Ramos “es la visión del hombre como enemigo de sí mismo” (Ibíd., 38). Santibáñez cumple a cabalidad la encomienda.

Sin embargo, no son de olvidar las cartas a la hermana. Santibáñez las escribe primero mientras ella está viva; luego, ya muerta, continúa fabricándolas. Y digo fabricándolas porque son la manera en que Santibáñez se crea otra existencia, mucho más acorde a sus necesidades íntimas. En esas cartas endereza las equivocaciones del mundo, como sucede cuando imagina una muerte violenta para Laborde, el socio que lo defraudó. Santibáñez persistirá en escribir cartas porque lo ayudan a mantenerse vivo. Porque de la otra existencia, la del mundo real, se aparta lentamente. Poco a poco, según acumula edad, pierde la capacidad de conducir su mundo. Termina renunciando a él y lo deja en manos de Esteban Niño. De hecho, nos dice el narrador, ha muerto nueve años antes de que el cuerpo deje de funcionar, porque “[e]n ese entonces fue cuando el polvo, prematuramente, se fue al polvo” (Ramos, 180). Los sueños de Santibáñez fueron modestos: hacerse rico mediante el comercio. La traición de Laborde le mengua esa posibilidad y termina como humilde dueño de un tendajón. ¿Y su matrimonio? Lo busca por interés, e incluso hacer el amor con la esposa le cuesta mucho. Por tanto ¿se fabricó su destino? A juzgar por el resultado de sus elecciones, sí. De los españoles descritos en la novela, es el de estadía más larga en México, al que llega en 1915.

Se supone que Esteban Niño es un exiliado. Y digo se supone porque, si bien llega con tal etiqueta a México, también llega con

dinero oculto que le permita hacerse de más dinero. Es el exiliado sin ideales políticos, acomodaticio y chanchullero. Pronto se aparta de Finisterre, pronto se aparta de los otros exiliados, pronto se busca el camino hacia una buena posición social. Ese camino parte de Santibáñez, quien le da su primer trabajo, se continúa en la plaza de maestro que obtiene, avanza con la actividad periodística que inicia luego y culmina con el apoderamiento de la tienda de su tío. La novela es clara en su apreciación de este personaje: lo ve como indigno de respeto. No que el narrador lo diga abiertamente, que no se trata de un narrador torpe. Le basta con describir las actitudes y las ideas del personaje, dejándole al lector la tarea de las evaluaciones. Basta asomarse al inicio de la relación que Esteban mantiene con su tío para comprenderlo: allí confiesa su decepción con los ideales sostenidos durante la Guerra Civil. Basta asomarse a la lista de propósitos que se hace para bienquistarse con los mexicanos (cf. Ramos, 165), donde toda la hipocresía del personaje queda expuesta. Sin embargo, esa imagen pertenece al lector, pues bien sabemos que otra tiene Esteban ante los personajes con quien trata cotidianamente: estos lo ven con respeto, pensándolo un hombre decente. Por tanto, hay un doble filo de interpretación en la novela, doble filo que funciona en el caso de todos los personajes, enriqueciéndoles la psicología.

Esteban Niño representa al exiliado que sacrifica su ideología primera a la busca de riqueza. Es, me parece, el exiliado que se va transformando en gachupín. Por ello, “[h]abrás tenido que llevar una existencia subterránea” (*Ibíd.*, 59). Hay en él, pues, conciencia de la conducta propia. Sin embargo, Ramos no es autor dado a la simplificación de conductas, para con ello transformar a sus personajes en muestrario de comportamientos predecibles. Por tanto, pone en Esteban la ambición de escribir, de principio limitada a la redacción de una especie de diario, acaso preludio de novela, complementándose esto con los artículos periodísticos ya mencionados y siempre, subterránea en él, la idea de armar una historia

de la Guerra Civil que, en toque irónico sin duda, llevaría el título de *Verdadera historia de la Guerra Civil española*. ¿Compuesta para ratificar mentiras o malentendidos? Sería mucho esperar de Esteban. Escrita para “[e]scuchar repetido por el eco de los muros, los comentarios a su libro [...], texto que ya merecía estudios monográficos, tesis, bibliografías de consulta” (Ídem). Se trata de la ambición que siempre ha guiado al personaje: adquirir fama, poder y dinero. Por tanto, Esteban representa al exiliado que llega a México decepcionado de sus experiencias políticas, dispuesto a promover el interés propio. Si bien se mira, es otra forma de suicidio, en este caso espiritual.

Cuando la llegada a México de los exiliados creados para la novela, José María Finisterre es el único del cual se reproduce la conversación sostenida en la aduana de Veracruz. Con recurso así de sencillo se lo distingue de sus compañeros. Sabremos enseguida que tiene cuarenta años. Por tanto, un hombre ya maduro. Nos preguntamos, a continuación, el porqué de su apellido. ¿Buscarán decirnos con él que el personaje ha llegado a su última Tule geográfica? Todo parece apuntar en esa dirección. Por tanto, es de suponer que representa una de las caras más dolorosas del exilio: la imposibilidad del retorno. Es el personaje de mayor amargura en la novela. Vive encerrado en sus experiencias y su relación con el mundo es mínima. Si casi todos los personajes se mueven en la estrechez de su barrio, con modestas salidas más allá de éste, Finisterre se encierra, además, en el interior de su persona. Sin duda por ello es el personaje más relacionado con los viejos muros de la ciudad, que paulatinamente se le transforman en una obsesión. Terminan por representar el encarcelamiento en que vive.

La vida de Finisterre es de renunciaciones. Con lenta pero firme determinación va cortando todo nexo con el mundo. Quizá la imagen que de él tienen los andaluces sea su mejor definición: “... le decían El Viejo, El Abuelo, por el gesto hosco de perro apaleado” (*Ibíd.*, 216). En sus primeros pasos se desprende del trabajo que le ofre-

ce Santibáñez y del negocio que le ha propuesto Serrano, para encerrarse en la imprenta de Palanca, simbólicamente llamada *El Paria*. Si acepta una relación con Goya, la chica veracruzana que lo intercepta en su soledad, es más bien por un desahogo sexual, aunque no falte cariño por la casi adolescente. En la novela, Finisterre es el personaje de mayores frustraciones porque surgen de lo espiritual, de su incomodo como hombre al mundo. Tal condición, aunque en primera instancia procede del exilio, no se limita a éste. Hay algo íntimo en la constitución psicológica de este hombre que lo transforma en un ser para la muerte. Tiene tres oportunidades de escapar de su amargura: Goya, a la que termina por hartar con sus conductas; Pastora y un perro extraviado que aparece a la entrada de su vivienda. Pastora es la novia dejada en el exilio francés. Cuando el Aragonés, tras regresar de Europa, le informa que ha sabido de ella, en Finisterre se alerta el deseo de reintegrarla a su vida. Le envía una carta proponiéndole reunirse en México, propuesta que intuimos quimérica. Las semanas de espera por una respuesta son las de mayor energía vital en Finisterre. Como es de suponer, Pastora se ha construido una existencia propia y rechaza la oferta. Esto hunde a Finisterre definitivamente; es el golpe final, que además provoca el alejamiento de Goya.

Voy al cierre de la novela: Finisterre, acostado, “vio una gota de luz abrirse paso entre la densidad lodosa, desprenderse convertida en un relámpago y caerle justo en el corazón” (*Ibíd.*, 276). Todo el interior se le derrumba y muere. Es de preguntarse por qué darle a este personaje la escena final. Es de contestar que seguramente representa el espíritu de derrota y amargura que imbuye al texto. Se levanta, pues, el personaje como simbólico del significado de la obra. Por lo mismo, casi me atrevería a llamarlo el protagonista, alrededor del cual giran los demás. Casi, pero quedan dudas. Las resuelvo considerándolo el protagonista simbólico. Por cierto que la oración inicial de la novela dice: “La línea del mar se rompió en el centro y dejó salir una mancha de luz” (*Ibíd.*, 9). Quien la ve es

Finisterre. Como arranque de su nueva vida, una mancha de luz; como final de juego, una gota de luz. El círculo se cierra, yendo el movimiento de la esperanza a la derrota más severa.

Personaje de escasa presencia en *Intramuros*, el Aragonés tiene, sin embargo, importancia. Representa al exiliado que aguarda la posibilidad de retorno a su país. Vive para eso. Cuando termina la segunda Guerra Mundial, está seguro del regreso inminente. Cuando la política internacional destruye tal sueño, arriesga la vuelta. Lo veremos reaparecer en México golpeado por la experiencia del viaje. Se negará a describir lo ocurrido en su vida estando fuera, lo cual refuerza la atmósfera de encierro creada por el narrador para la novela. Desaparecerá en la capital. Representa en la trama un empeño imposible de lograr: buscar al ayer, recuperar la existencia guillotizada por la Guerra Civil. De esta manera, los cuatro grupos de españoles descritos representan cuatro maneras de intentar la adaptación a una cultura ajena. Las cuatro fracasan, como si un pesimismo inevitable guiara tal condición. Pesimismo que se derrama hacia la vida de ciertos personajes mexicanos, constituyéndose en tema de lo narrado. No por nada el propio Ramos ha reconocido la persistencia en su narrativa de “los ambientes cerrados, el claroscuro, el personaje solitario e imaginativo, la ausencia de diálogo, la impronta del tiempo, la imposibilidad de la lógica, el pesimismo irredento...” (Camps / Moreno, 443). El pesimismo irredento lo dice todo.

Mencioné ciertos personajes mexicanos. En efecto, aquellos de alguna manera relacionados con el exilio, porque otros hay que son mero telón de fondo, habitantes de la ciudad que nunca alcanzan el primer plano. Entre los relacionados con el exilio sobresalen las mujeres. Cuatro de ellas: Teodora, Goya, Olga y Felicidad. Comienzo por ésta. Hija de Teodora y Gabriel, nace idiota y vive hasta los quince años oculta por los padres. Es símbolo completo del fallido matrimonio. Su concepción es producto de las desmañadas prácticas amorosas de Santibáñez, cumplidas porque es lo obligatorio en

un hombre casado. La jovencita vive feliz en su aislamiento mental. Preocupados por ella, los padres la ofrecen en matrimonio a Esteban como un modo de asegurarle el futuro. Él, repelido por la idea, se niega. No obstante, cuidará del bienestar de Felicidad y su madre a la desaparición de Gabriel. ¿Qué destino le aguarda a la inválida? Teodora piensa matarla en cuanto sienta llegar la muerte propia. Es un personaje que provoca ternura y lastima, sentimientos que igualmente provoca el idiota de que se hace amigo el propio Esteban. ¿Significarán la presencia de lo inútil en un mundo dado a lo práctico? Sin duda, pero Felicidad termina representando para la madre un símbolo de su existencia vacía.

Goya fue mencionada ya. Entabla por voluntad propia una relación con Finisterre, la mantiene viva pese a los malos momentos por los que pasa el compañero y sólo rompe la relación tras el episodio de Pastora. Al igual que los demás personajes femeninos, vive subordinada al hombre y en atender a éste cumple con su existencia. Es el suyo un destino triste. Triste es el destino de Olga, buscada como pareja por Esteban, sobre todo debido a una atracción física. Quedará subordinada a los caprichos de éste y su relación se volverá la convencional: vivir juntos porque la gente se ha acostumbrado a considerarlos matrimonio. ¿Y Teodora? Es el más interesante de los personajes femeninos. En las páginas iniciales de la novela es la “esposa mexicana” de Santibáñez, y sólo en las analepsis de éste adquiere nombre y otra dimensión psicológica. Mas poco a poco escapa del anonimato y reconquista su personalidad completa. A diferencia de las otras, sabe meditar respecto a la existencia y sacar, de esas meditaciones, pensamientos que la ayudan a resignarse con su pasado y con su presente. Aunque resignarse pueda ser una expresión de la derrota, es victoria paradójica en el caso de Teodora. Entremos en su pensamiento: “Supo que del fingimiento de la felicidad deriva la felicidad verdadera” (Ramos, 1983: 107). Por tanto, aparenta ser feliz hasta que consigue una especie de felicidad creada. No le resultó fácil llegar a ella, pues

en su matrimonio pasa por etapas de desasosiego e incluso amargura. Hay un instante en que se la supondría dispuesta a una aventura con Esteban, pero, de haberse dado la tentación, no cuaja en un hecho consumado. Es un personaje de honduras en su aparente mediocridad y es la única en la novela que decide estar alerta a las señales de la muerte. A los demás les llega digamos que de modo natural, pero Teodora necesita verla aproximarse para disponer la de la hija.

La muerte tiene una doble dimensión en la novela de Ramos. Para llegar a la física, impuesta generalmente por la entrada en la vejez, se tiene que transitar por la espiritual, ocurrida a lo largo de años. El comentario a la extinción de Santibáñez lo prueba. La muerte física se convierte en una mera certificación de la otra. Por tanto se confirma el pesimismo que cunde por las historias narradas. Contrapunto de esto es lo ocurrido con Pedro Rojas y “su muerte gloriosa, llena de color, de vida” (*Ibíd.*, 250). ¿Es necesario saber cómo, cuándo y por qué morir? La trama creada por Ramos parece aconsejarlo. Porque de pronto comprendemos que el tiempo pasa sin que nos apercebamos de ello y, así mismo de pronto, nos encontramos viejos y derrotados. La imagen más triste de esto es aquella de Finisterre derrumbándose en las líneas finales de la obra. Es el cierre indispensable para la novela.

Estos personajes se encuentran anclados en un lugar físico preciso: el puerto de Veracruz. Mas no todo el puerto. La trama de propósito limita sus excursiones a las que se hacen por el barrio, con escasas salidas a otros lugares de la ciudad. A un estrechamiento espiritual corresponde un aprisionamiento físico. Por ello las antiguas murallas del puerto se le van transformando a Finisterre en un símbolo y por ello el título dado a la novela. Mucha de la acción se da en interiores, como si el narrador insistiera en hacernos comprender lo sofocante de las existencias narradas. Vuelvo a Finisterre: es el único personaje relacionado con las viejas murallas. Cuando las descubre, procura caminarlas, como dándose con

ello un intento de libertad. Ninguna sorpresa hay en que no lo consiga a fondo: “De vuelta en la vivienda, se dedicó a estudiar la litografía. Supo que de haber caminado algunos metros más, hubiera alcanzado la otra esquina de la muralla” (*Ibíd.*, 265). Por tanto, los personajes de *Intramuros* cumplen una existencia de prisioneros.

Lo son también de la infrahistoria. Porque *Intramuros* no es una novela histórica. De serlo, pudiera desvirtuar los significados que procura. Al igual que en *Este era un gato* (1988), la Historia está allí, como telón de fondo. Pero no toca directamente a los personajes. Necesito rectificar: un suceso ciertamente histórico como lo es la Guerra Civil española precisa el destino de los exiliados. Sin embargo, una vez cumplida esa necesidad de obediencia, los personajes de *Intramuros* se desconectan de los acontecimientos históricos que, de llegarles, les llegan como noticias. El narrador jamás niega que haya un contexto mayor, e incluso lo aprovecha. Simplemente piensa que a sus personajes les toca por naturaleza vidas sin más historia que la personal. Examínese la obra de Ramos y se verá su preferencia por los seres menores e incluso muy menores. De ellos extrae una visión del mundo que opta por el pesimismo. A seres menores corresponden anécdotas sencillas y de éstas deriva la fuerza narrativa del autor. Ramos no necesita de grandes acontecimientos para analizar con minucia la existencia humana.

Dije que el narrador incluso aprovecha los acontecimientos históricos. En efecto, éstos tienen presencia de trasfondo en las anécdotas narradas. Cumplen por lo menos tres funciones. Una primera, servir de contraste a las vidas menores de los personajes, tan alejados, lo he mencionado ya, de la Historia. En segundo lugar, permiten medir el pulso político de México a lo largo de los años que cubre la trama. Así, un primer informe nos habla de la invasión estadounidense de Veracruz, pero las subsiguientes menciones refieren a los movimientos ferrocarrileros, del 68, del golpe de estado en Chile, entre varios acontecimientos más. Esto permite establecer una doble mirada: la del ciudadano promedio,

que se pregunta la razón de tales acontecimientos, y otra más tamizada, perteneciente al sentir de la novela, que los valora desde una posición liberal. He aquí, pues, que *Intramuros* plantea posiciones ideológicas sin cacarearlas, procedimiento normal en la buena literatura.

Pero como la novela tiene uno de sus centros temáticos en la llegada a la vejez del ser humano, esos acontecimientos históricos sirven además para expresar el paso del tiempo. Desde el inicial, sucedido en 1915, hasta el postrero, ocurrido en 1975 con la muerte de Francisco Franco. Así pues, la narración abarca sesenta años, que van desde el Santibáñez testigo de lo ocurrido ese 1915 hasta Finisterre y Esteban en las últimas etapas. Es un procedimiento inteligente, por callado, para establecer el avance en años de los personajes. El avance en años, pero también las modificaciones habidas en el mundo. Lo bien tejido de la novela se ve en el empleo de recursos como los mencionados. Por ejemplo, cuando el golpe de Estado chileno cierta prensa habla de coincidencias con la Guerra Civil española: ambos levantamientos han servido para evitar el triunfo de los "rojos". Desde luego, Esteban aprovecha la ocasión para renunciar a los pocos fragmentos de liberalismo que puedan quedarle. Pero otra prensa habla de las ganancias que tendrá México con la llegada de intelectuales chilenos, al hacer la pertinente comparación con el exilio español. De esta manera, se traza un tejido de ecos que crea resonancias entre varios puntos de la novela, enriqueciéndola.

Queda por trazar la inserción del exilio español en la sociedad mexicana. Como es de suponer, la novela se limita a lo sucedido en Veracruz. Si bien en algunas ocasiones Saldaña le advierte a Esteban que los republicanos no son vistos con buenos ojos por todos los porteños, la realidad es que en la vida cotidiana descrita por la trama no hay enfrentamientos. La perspectiva se da desde los exiliados, variando la tónica según el personaje: el Aragonés jamás se acomoda al nuevo ambiente, Finisterre lo consigue a

medias y Esteban es el de mayor adaptación. Esto se va trazando, sobre todo, mediante el idioma. La página inicial de la novela lo plantea directamente: “Méjico (¿o habría que decir ya, desde ahora, México?) (Ibíd., 9). Qué respuesta dé cada personaje a esta pregunta determina su posición. Por ejemplo, muy adelantada ya la novela, Finisterre califica de “pinche Aragonés” a su amigo y el narrador comenta: “dijo en mexicano y se metió” en la imprenta” (Ibíd., 161). Esteban tiene plena conciencia de la mexicanización de su idioma, muy fuerte como es de suponer dada la conducta del personaje. El narrador permite distintos registros del español, para hacer con ello verosímil la novela. Tenemos así el español peninsular de los exiliados, pero también el veracruzano de las personas correspondientes; esto junto a la prosa ocasionalmente poética del narrador.

Todo lo expresado a lo largo del presente ensayo confirma que *Intramuros* es una novela compleja, estructurada con malicia, de manera que los elementos usados se den apoyo mutuo en la consecución de un todo congruente. Los personajes están bien trazados, incluyendo los ocasionales, y la prosa, como he dicho, cumple con sutileza sus obligaciones. Decía Luis Arturo en una entrevista que una de sus aspiraciones era el deseo de que se releyeran sus textos. Pienso que se le cumplirá.

Referencias

Camps, Martín y José Antonio Moreno Montero (comps.)

2005 *Acercamiento a la narrativa de Luis Arturo Ramos*. Prólogo de Marco Antonio Campos. Ciudad Juárez, Universidad Autónoma de Ciudad Juárez. Colección In Extenso.

Ramos, Luis Arturo

1983 *Intramuros*. Xalapa, Universidad Veracruzana, Serie Ficción.

Rodríguez Plaza, Joaquina

1987 *La novela del exilio español*. México, UAM-Azcapotzalco, Serie Literatura 2.

